Historia a medias

Agustina Chiera

Capítulo 1

Se oye decir por allí, a lo lejos, que se encuentran en tu mente, en tus sensaciones y en tu alma. Son imágenes inventadas (aunque duela tal denominación), que tu corazón plasma en tus pensamientos para hacerte creer que hay, tal vez, alguna posibilidad de que se conviertan en realidad.

Te recuestas sobre la almohada y, al cerrar los ojos, viajas hacia una situación que deseas que ocurra. Te encuentras con aquella persona que tanto te interesa y por fin le dices todo lo que sientes y es correspondido, un sueño. Continúas viviendo en la escena ficticia por unos instantes y él te mira con el brillo característico de sus ojos y sientes que nada puede ser más único, hermoso y mejor. Sientes que tus pies se desplazan hacia las nubes y las caricias recorren todo tu ser, buscando esbozar un suspiro de amor. Tu piel se eriza y deseas ya no regresar a la realidad emocional cruel y despiadada que está rondando en tu alma. Imploras por permanecer allí, lejos de todo deseo solitario y perdido, allí, sobre los atardeceres mas coloridos y más esperanzadores de una historia de amor que solo existe en tu vida. Confías en que puedes lograrlo, pero el reloj marca las doce y debes regresar al barco a luchar por no caer sobre las temidas aguas de la tristeza.

Suenan las campanas y es hora de emprender el camino, lejano a todo lo que sueñas con esa persona. Te detienes y ves cómo las puertas del alma se cierran a tus espaldas y sientes que el corazón se destroza en mil pedazos. Y sí, esa situación sólo existió en tu mente, formando parte de las millones de historias que uno se imagina durante la noche, antes de dormir. Abres los ojos, colocas las manos en el pecho y miras al techo. Nada mas que decir y nada más que pensar, pero lo piensas todo. Sientes que tu corazón late fuerte y pesado, pues carga con cada una de sus pequeñas partes y no puede juntarlas, o por lo menos, no por ahora.

Cierras nuevamente tus ojos, buscando volver a viajar a un mundo que no existe, que no construiste, que no decoraste con flores y en el que no pudiste ver el rayo del sol sobre sus mejillas. Colocas tus manos sobre tu rostro y la angustia se presenta. Lloras porque te has destrozado una vez más y sabes que no hay esperanzas. No las hay porque has decidido superar cada fragmento de espera que quedaba latiendo entre ustedes y simplemente vives de los tan extensos “ojalá. ojalá…”. Te deseo que ojalá esa persona sí, ojalá te conociera, ojalá te mirara, ojalá te abrazara y ojalá te acariciara el alma triste que aún tienes. Ojalá caminara a tu lado, ojalá te pudiera colocar como prioridad y buscara conquistarte por los siglos de los siglos. Ojalá que los “ojalá” ya no existan más y transformen la incertidumbre en felicidad absoluta. Ojalá que no tengamos que continuar inventando historias que sólo nos hacen doler e imaginar por un minuto que las cosas son diferentes. Esto nos ocurre, nos

hacen soñar algo que no pasará y nos rompe en dos. Nos destroza, pero un día simplemente aprendes a ya no tener expectativas y a no imaginar más, porque te respetas, porque te quieres y ya no esperas más algo que no llegará.

Y por fin decides terminar con tu mente creativa. Te acuestas y cierras los ojos e imaginas a otra persona que aún no ha llegado a tu vida, pero que sabes que está buscándote por los rincones de este mundo y no tendrás que idealizar una situación en la que puedas decirle que te mire, que te escuche y que simplemente acepte compartir un café con vos.